



Mayor CAMILO RIAÑO

NARIÑO

EN LA HISTORIA MILITAR DE COLOMBIA

Conferencia dictada el 26 de marzo de 1965, en la Academia Colombiana de Historia, en desarrollo del programa conmemorativo del Segundo Centenario del nacimiento del Precursor.

Como todos los actos en la vida de este hombre, símbolo de Colombia, que gran número de volúmenes ha abarcado en nuestra historia y tanta controversia sobre su nombre aún presenta, su participación militar en la gesta magna ha sido motivo de discusión y de análisis por todos los que atraídos por su fascinante y egregia personalidad se han ocupado de su brillante trayectoria. Negado su valor por unos, exaltado por otros, el debate sobre su participación en la lucha emancipadora aún tiene el atractivo máximo que supo imprimir a todos los actos de su vida. Ciento cincuenta y un años después de su última campaña, todavía, como durante su meritoria existencia, se escuchan las críticas acerbas, los elogios grandilocuentes y los conceptos mesurados sobre su actuación, como si, para nuestra fortuna, su espíritu se mantuviera presente señalándonos los senderos del patriotismo y de la grandeza nacionales.

No es mi deseo hacer una apreciación de sus dotes como político, parlamentario, polemista, precursor, hom-

bre de Estado, sino considerar sus cualidades como conductor militar, campo éste en el cual conoció las glorias del triunfo y bebió la copa amarga de la derrota, que lo privó de participar activamente en la expulsión definitiva de los españoles de América.

Un documento español, proveniente del Archivo de Indias y cuyo microfilm guarda la Sección de Archivos de esta benemérita Institución histórica, nos lo presenta en uno de sus apartes como conductor militar, al transcribir una carta escrita en Quito, el 22 de Mayo de 1814, a un Jefe de Provincia, por un Capitán del ejército real, que se halló en todas las acciones de armas de la Campaña del Sur. Dice así: "Exposición de la conducta de Don Antonio Nariño vecino de Santafé de Bogotá desde el año de 1794, hasta el de 1814, según resulta de los autos que debe haber en el Supremo Consejo de Indias, y de los papeles públicos de los insurgentes del Nuevo Reino de Granada.

"Jurada ya la independencia de la Provincia de Santafé con el título de

Provincia de Cundinamarca que tanto tiempo, y tantos esfuerzos le costó, su presencia ya no era necesaria en Santafé, y dirigió estos a Quito con los mismos deseos y conatos de que este reino que a la sazón estaba reducido a la debida obediencia del rey, se hiciese también independiente. A este efecto se puso a la cabeza de cerca de dos mil hombres de todas armas y bastante artillería: Atravesó grande parte de la Provincia de Santafé y toda la de Popayán; el 14 de Abril de 1814 se acampó en la cañada del río Juanambuco a las inmediaciones de la ciudad de Pasto: Desde el 20 de este mes, hasta el 9 de Mayo hubo varias funciones entre ambos ejércitos, en las que perdió el insurgente alguna gente de arma y de artillería: pero en este último día desesperado Nariño, y a la cabeza de su tropa con un fusil en la mano la empeñó en un obstinado combate que duró más de dos horas y que le dió la victoria sobre los realistas que se retiraron despavoridos en precipitada fuga a la ciudad de Quito. Envanecido y vitorioso Nariño por esta ventaja, intimó al Cabildo que le entregase las armas, le tuviese cuarteles, y tres mil raciones para su tropa, y para su comitiva, pues de lo contrario incendiaría la ciudad, y no perdonaría habitante.

"En este conflicto determinó el general retirarse con la tropa de Cuenca a la hacienda de Mejía a Guátara distante tres leguas de la ciudad, y la afligida, y consternada población que iba a quedar abandonada al cuchillo del enemigo rogó encarecidamente al general que le dejase algunos oficiales, y alguna tropa de la de Lima que la protegiese. El General condescendió con ellos, salió con la mayor parte de su tropa para Guátara, el día 10 al amanecer, y los oficiales que quedaron con algunos eclesiásticos, a la misma hora salieron a despertar al

pueblo por las calles al son de cajas y pitos y entusiasmar a sus habitantes a la defensa; empréndela, y son cargados por los insurgentes tres, o cuatro veces, y obligados a retirarse, con precipitación y en desorden a la ciudad, contándose ya presa de sus enemigos. La consternación se apodera de ellos, y solo discurren donde salvar la vida, pero el amor y fidelidad al rey cautivo, y el odio a los usurpadores de su soberanía, los animó y empeñó de nuevo en un quinto esfuerzo; ¡Ah dignos habitantes de la ciudad de Pasto! y hasta los indios y las mujeres pelearon todo este día por el rey, y por su patria, derrotaron completamente al ejército de los insurgentes, ensoberbecido y orgulloso con la vitoria del día 9, y aseguraron la tranquilidad, y la obediencia de todo el reino de Quito a Fernando VII.

"A las 10 de la noche se juntaron los oficiales y resolvieron perseguir al resto del enemigo al siguiente día 11 de Mayo hasta arruinarlo completamente, y habiéndose puesto en marcha al amanecer, lo alcanzaron a las diez de la mañana, lo persiguieron hasta el río Buesaco ocho leguas distante de la ciudad, en las que fue batido y rendido, tomada toda su artillería, per trechos, bagajes y equipajes; y el dictador Nariño fugitivo por los montes, hasta el 14, fue hecho prisionero, y llevado a Pasto, de esta ciudad a la de Quito, de esta a la de Lima; y según las últimas noticias del Perú recibidas por Panamá, el virrey lo ha mandado a España con partidas de registro.

"Esta sumaria exposición está apoyada en los autos que debe haber en el Supremo Consejo de Indias en los papeles públicos, y en una carta escrita desde Quito el 22 de Mayo de 1814, por un oficial que se halló mandando en la ciudad de Pasto hasta la rendición de Nariño. Cartagena de Indias 15 de Marzo de 1816."

Este valioso testimonio del enemigo que acabo de citar es la prueba fehaciente de su destacada actuación como jefe de operaciones en campaña que lo presenta ante la historia reafirmando su bien ganado prestigio militar.

Trataré ahora de hacer un breve esbozo de sus condiciones estratégicas, tácticas y de mando, con el cual me propongo aproximarme al término justo de una valoración del general en nuestra historia castronense.

Nacido en Bogotá en 1765, el 9 de Abril, y después de consagrarse por entero al movimiento libertario proindependiente, el 20 de Julio de 1810 lo sorprende en las bóvedas de Cartagena a donde lo habían llevado sus clandestinas actividades por el bien de la patria.

Pero no es para Don Antonio Nariño, aquella fecha de gloria para la libertad, el día de su triunfo, pues los intereses y las divergencias que en todos los movimientos políticos se mueven entre telones, lo hacen presa también del apasionado odio de sus émulos y su vida continúa hasta fines de 1810 en lóbrega prisión, a pesar de haberse producido un cambio de gobierno que sería base de la independencia absoluta de la corona.

Libre de sus cadenas, empieza entonces para el caudillo santafereño su batalla política que lo lleva a la jefatura del gobierno de Cundinamarca, que él considera base de una organización estatal para las provincias que bajo el dominio de España se agruparon en el sistema administrativo denominado Nuevo Reino de Granada. Y su espíritu de luchador infatigable y de hábil político, lo enfrenta a sus enemigos personales y públicos que agrupados en el bando contrario, en el de las Provincias Unidas, desean imponer el sistema federal para la nueva república.

Es entonces cuando las circunstan-

cias del momento lo colocan, como Jefe de Estado, a la cabeza del ejército de Cundinamarca y de conductor civil se convierte en comandante de una organización militar regular. Por esto a pesar de figurar como Capitán de la octava compañía de fusileros del Segundo Batallón del Regimiento de Voluntarios de Infantería de la capital de Santafé, según el Diario Político, se debe considerar la iniciación de su trayectoria de guerrero, desde el momento en que asume, por razón de su jerarquía civil, el supremo comando de sus fuerzas militares.

Si la guerra es la continuación de la política por otros medios, como lo afirma Clausewitz, o más bien uno de ellos para el logro de sus objetivos, es indudable que Nariño, ya como jefe del gobierno, debía asumir como propio el planeamiento de la defensa de los territorios puestos bajo su dirección, y de la defensa de su política de libertad, recientemente declarada, que él juzgaba amenazada, en gran escala por los españoles. Y es en este campo en donde la genialidad del hombre de Estado lo hace aparecer como hábil estratega, sinónimo de hábil político que al tener como objetivos nacionales la libertad y la grandeza de su patria planea y prepara el país para el logro de tales objetivos por medio de la guerra.

Política y estrategia, palabras que se confunden porque ambas representan no la acción individual y particular del hombre sino la acción del Estado materializada por el gobernante, son la base del pensamiento del Precursor. Allí está su grandeza como militar. Porque fue sin duda él quien en aquellos momentos de nacimiento de nuestra nacionalidad tuvo mayor clarividencia sobre la necesidad de una organización militar eficiente del país, que lo capacitara para defender su soberanía y de la acción ofensiva nece-

saría para reducir a la impotencia los núcleos realistas que amenazaban la estructura del Estado Granadino, por lo cual se entregó por entero a la difícil tarea de prepararla, en el corto respiro que las dificultades españolas le brindaban. En su importante tarea y sin haber recibido una preparación militar que lo capacitara para la conducción de las operaciones, brillan en él sus innatas condiciones de estratega y táctico que lo elevan a puesto de honor entre los conductores de tropas colombianas.

"De Cartagena, -decía Nariño en su edición extraordinaria de La Bagatela-, escriben que se han recibido allí varias cartas de La Habana exhortándolos a la esclavitud; que los oidores de Santafé se están reuniendo en audiencia y aguardan al virrey Pérez para venir a Santa Marta; que mantienen correspondencia con aquellas dos plazas y esta ciudad (Santafé). Entre tanto nosotros estamos divididos sutilizando y disputando puntos subalternos, ambicionando empleos, queriendo preeminencias, y animando a nuestros enemigos con nuestras escolásticas conclusiones. ¡Herederos pródigos, no sabemos hacer uso de un bien que se nos ha venido a las manos sin trabajo!. Mientras nuestros enemigos afilan la espada para degollarnos, los diputados al congreso se entretienen en buscar el lugar donde deben figurar, ventilan cuestiones teológicas y registran los autores que tratan de cisma... Por el norte sabemos que Cúcuta está resuelta a unirse a Maracaibo, y la toma de Pamplona y de Girón será el resultado de las primeras operaciones de nuestros enemigos por aquel lado. De Popayán, por el sur, ningún aspecto favorable presentan las cosas. Se ignora el estado de Quito y solo se sabe que Tacón ha tomado las medidas más enérgicas para hacerse a dinero, ganado y tropa... Y nosotros ¿Cómo es-

tamos? Dios lo sabe: Cacareando y alborotando el mundo con un solo huevo que hemos puesto. ¿Qué medidas, que providencias se toman en el estado de peligro en que se halla la patria? Fuera paños calientes y discusiones pueriles; fuera esperanzas quiméricas, hijas de la pereza y de esa confianza estúpida que nos va a envolver de nuevo en las cadenas... La patria no se salva con palabras, ni con alegar la justicia de nuestra causa. La hemos emprendido, ¿la creemos justa y necesaria? pues a ello; vencer o morir, y contestar los argumentos con las bayonetas. Habrá todavía almas tan crédulas que piensen escapar del cuchillo si volvemos a ser subyugados? Que no se engañen: somos insurgentes, rebeldes, traidores; y a los traidores, insurgentes y rebeldes se les castiga como a tales. Desengañense los hipócritas que nos rodean; caerán sin misericordia bajo la espada de la venganza española, porque nuestros conquistadores no vendrán a disputar con palabras como nosotros... No hay, pues, más esperanzas que la energía y firmeza del gobierno. Al americano, al europeo, al demonio que se oponga a nuestra libertad, tratarlo como nos han de tratar si la perdemos. Que no haya fueros, privilegios ni consideraciones; al que no se declare abiertamente con sus opiniones, con su dinero y con su persona a sostener nuestra causa, se debe declarar enemigo público y castigarlo como tal. Esos egoístas, esos tibios, esos embrolladores son mil veces peores que los que abiertamente se declaran en contra. Al que no quiera ser libre con nosotros, que se vaya; pero al que se quede y no sostenga nuestra causa con calor, que le caiga encima todo el peso de la ley".

Pero la defensa del país no podía plantearse bajo un sistema federal de autonomía creciente de las provincias. Quizá naciones poderosas, con una or-

ganización bajo este sistema bien cimentada, pueden ofrecer una unidad nacional lo suficientemente fuerte para afrontar un problema bélico de gran envergadura. Y sin embargo, ellas siempre ante la emergencia, conceden poderes extraordinarios a los Jefes de Estado para asumir con probabilidades de éxito la contingencia. "Nariño, dice Bernardo J. Caicedo, fue el único que tuvo el sentido de lo que podría llamarse la integración nacional. Integración no solo de territorios sino de población, de economía, de fuerzas históricas y morales, de todos los elementos que concluyen la verdadera empresa estatal". Y son estos factores los que deben con su fortaleza ser la verdadera manifestación del potencial bélico del país.

"Nariño estaba preso en Cartagena, dice Tomás Rueda Vargas, cuando ocurrió el movimiento del 20 de Julio. La revolución quiso dejarlo encadenado, porque así le convenía; desde ese momento tuvo él un nuevo enemigo en aquella revolución tibia y vacilante; con ella tenía que luchar ahora para que le dejaran libre de moverse; con ella debía luchar en los años siguientes para obligar a los pacatos revolucionarios de Santafé a desprenderse del tutelaje de España, y también con los ideólogos de provincia que querían teorizar en momentos en que era precisa la acción rápida, inmediata, la mano militar. Mientras debía concentrar todas sus energías sobre el frente que le oponían los soldados peninsulares, tuvo que atender a lo que representaba con el Marqués de San Jorge el coloniaje amodorrado y la utopía, no por patriótica y elocuente menos estorbosa, la utopía que condensaba Camilo Torres, el ideólogo".

Con cuanta razón para el estratega Nariño y como demostración palpable del error en que se encontraban sus enemigos y en que lo están sus detrac-

tores de hoy, decía el ministro de guerra español, Don Pablo Morillo, el único beneficiario para la corona española y su propio prestigio, del caos en que nuestra patria había caído por no haber seguido la inspiración política y estratégica de nuestro teniente general: "Observe Vuestra Excelencia, que cuando Pamplona dió el primer grito de revolución que resonó en todo el virreinato, Girón se declaró del partido contrario pero Piedecuesta, su subalterna y su rival, se unió a Pamplona y con las armas dominó a Girón, pero no las opiniones de sus habitantes. El Socorro se declaró como Pamplona, Vélez se le opone y así estas desuniones de los partidos de una misma provincia ayudaron a que el todo de provincia a provincia, tampoco se uniera".

"Porque Nariño, mucho antes que el congreso, continúa diciendo el autor de 'Grandezas y Miserias de dos Victorias', estaba atendiendo a la defensa de las antiguas provincias del reino, con sinceridad que no se le reconoció entonces. Primero en el sur con la expedición de Don Antonio de Villavicencio, luego, con miras a auxiliar a Cartagena, envió la expedición cundinamarquesa bajo las órdenes del comandante Luis Francisco Rieux. Desde que la provincia de Mariquita pidió su agregación a Cundinamarca, Nariño extendió en la parte superior del bajo Magdalena su acción defensiva y fortificó la angostura del Carare.

"Consta que antes de salir Nariño para Tunja en 25 de Noviembre de 1812, envió armas, pertrechos y dineros para reforzar el destacamento de Simití, que costecía Cundinamarca hacía mucho tiempo, y cuyo jefe accidental Don Félix de Arellano, llevó sus avanzadas hasta Puerto Nacional de Ocaña, precisamente la víspera del día en que arribó a ese puerto fluvial el

general Bolívar, en su campaña de liberación del Bajo Magdalena.

"Aunque las misiones dadas por Nariño a Joaquín Ricaurte y Baraya hubiesen incluido la protección de San Gil, Vélez y el Socorro que se habían agregado a Cundinamarca, la verdadera finalidad de ellas fue redimir a Cúcuta, Salazar de las Palmas y otras poblaciones de la provincia de Pamplona, y asegurar por ese lado la defensa del territorio granadino contra el empuje de las brigadas peninsulares triunfantes en Venezuela. Si en el particular hubiese habido al principio alguna duda, esta se desvanece con los tratados de Santa Rosa, según los cuales las fuerzas de Baraya debían seguir al norte, a expulsar a los enemigos de la patria. Pero sus jefes prefirieron lanzarlas contra Santafé.

"Que Nariño no exageraba los peligros de la penetración de los realistas de Correa, presionados por Monteverde, quedó probado cuando Bolívar, en su fulminante campaña de Barranca hasta Cúcuta, ejecutó precisamente lo mismo que el gobernante santafereño había planeado hacer, aunque en sentido inverso.

"Solo que lo que en Nariño era un fin, en Bolívar era un medio para restaurar a Venezuela. Entonces Bolívar no libertó acá sino la ruta indispensable para llegar de nuevo a Caracas. Pero esa ruta empalmaba en el río Magdalena con la que ya tenía asegurada Nariño; y el trayecto del Puerto Nacional de Ocaña hasta Cúcuta, coincidía con el que el presidente cundinamarqués quiso libertar al enviar las expediciones de Baraya y de Joaquín Ricaurte".

Y con razón Nariño fue un apóstol en nuestro país de las realidades militares que al decir de Péguy tienen "una importancia fundamental como piso de las demás realidades, de la ma-

yoría de las realidades materiales, de las realidades económicas, de las realidades del poder y gran número de las realidades del espíritu, de las realidades intelectuales y mentales y hasta de las morales".

Analizada ya la concepción estratégica de Nariño, en el aspecto general de la defensa nacional, quiero hacer algunas consideraciones sobre la decisión de llevar a cabo la campaña del sur cuyos triunfos de Calibío y Juanambú lo elevan a la gloria militar pero que sin embargo, tuvo tan desastrosas consecuencias con el terrible descalabro de Pasto.

La situación política reinante dejaba en manos de los realistas y bajo el control de la Presidencia de Quito el territorio neogranadino que comprendía la Provincia del Cauca. Fue entonces cuando la necesidad de continuar la guerra y de consolidar la autoridad del nuevo Estado, obligó a desarrollar esta campaña cuya idea germinó en la mente de Nariño y fue apoyada por Camilo Torres y por el Congreso de las Provincias Unidas.

Se ha dicho, en vista del estrago que causaron las guerrillas patianas en el ejército patriota, que Nariño no ha debido llevar la guerra al sur porque no era conveniente el librar esa campaña en territorio adicto a la causa realista. Pero, me pregunto, ¿la historia de las guerras no nos enseña que la acción ofensiva es factor decisivo para la victoria y los mejores estrategos no han llevado acaso sus ejércitos al corazón del territorio enemigo para lograr el objetivo final? Mi criterio al respecto me obliga a opinar que no fue desacertada la idea del general de llevar la guerra al sur, pues era necesario continuar la acción ofensiva para expulsar las huestes españolas de estos territorios y eliminar el peligro latente que amenazaba la libertad recientemente alcanzada.

¿Cuál era en realidad el plan estratégico de Nariño? En varios documentos que he consultado no he encontrado ninguno que esboce su idea de campaña fijando planes y límite a la acción ofensiva pues solamente Don Alejandro Osorio pone en boca de Nariño, en Tacines, su deseo de llegar a Quito. Es indudable, que la presencia de este núcleo realista en el Ecuador, bajo la dirección del Teniente General de los Reales Ejércitos, Don Toribio Montes, era una seria amenaza para la Nueva Granada, que había visto ya cercenado su territorio por las derrotas infringidas a Caicedo, Macaulay y Cabal y por consiguiente se hacía indispensable su destrucción.

Pero, ¿pensaba Nariño libertar las provincias del sur y condicionar los límites patrios al "uti possidetis juris" de 1810, como más tarde le estableció el Libertador o, por el contrario, derrotar a los españoles y tomar a Quito?; o, ¿sus ideas de libertad concebían planes de alcance continental?.

Es bien cierto que la libertad de las colonias americanas no podía concebirse como una empresa local. La libertad era una necesidad que se había gestado bajo un proceso socio-económico que hacía indispensable su realización. Por esto, afortunadamente, la independencia americana fue un movimiento simultáneo, bajo todos los aspectos que, en el militar, formó ejércitos al norte, centro y sur y produjo varios libertadores, porque, seguramente un solo foco revolucionario no habría podido triunfar militarmente y llevar su ideario por toda América, por falta de recursos y sobre todo de vías, pues, es obvio que, al alargarse las líneas de comunicaciones se hacen más distantes las bases de operaciones de los ejércitos en campaña.

Por esto es posible que Nariño no hubiera concebido en principio un

plan de guerra continental, a pesar de las amplias concepciones políticas del Precursor, y del apoyo que a operaciones posteriores hubieran traído consigo varias victorias sucesivas, que le hubieran permitido probablemente llegar al sur del continente. Quito era en realidad un objetivo obtenible ya que esta ciudad fue la primera en dar su grito de independencia y en las provincias todas estaba latente el deseo de libertad que solamente esperaba el caudillo triunfante para sumarse a su empresa. Me inclino a pensar, por lo tanto, que Quito fue el objetivo estratégico del General Nariño, pues su captura permitía la seguridad del Nuevo Reino.

Quizá en este sentido de la aplicación del principio del objetivo en el campo estratégico no estuvo la falla de su decisión. Además, su plan operativo de atacar con la tropas a su mando por La Plata, en dirección a Popayán, mientras que los coroneles José María Gutiérrez, desde Antioquia, y José Ignacio Rodríguez, que se habían encontrado en Cartago después de atravesar este último el Quindío, amenazaban el Valle del Cauca, distrajo la atención de Sámano, que no supo qué frente atender y que, al incumplir la orden de Montes de tomar La Plata y defenderse sobre la cordillera, permitió a Nariño penetrar al valle y tomar a Popayán.

Tal vez el error estratégico de Nariño consistió en no apreciar correctamente antes de tomar tan delicada determinación la solidez de su frente interno.

El análisis de la situación de los cuatro frentes, el bélico, el económico, el externo y el interno en que una nación debe agrupar los campos de su actividad estatal, desde el tiempo de paz, para afrontar los problemas bélicos en potencia, nos demuestra que los

tres primeros, es decir el bélico, el económico y el externo, cuyo análisis en gracia a la brevedad omito, favorecían la realización de la campaña. Pero era, a no dudarlo, el frente interno el que no se encontraba consolidado para apoyar convenientemente las operaciones.

La tan conocida expresión del coronel Gutiérrez sobre la negativa de poner a órdenes del general en jefe, "para no comprometer la soberanía y dignidad del Estado de Antioquia", las tropas a su mando, me inclina a pensar que la campaña no contaba con el decidido apoyo de todas las reparticiones del país y que el general Nariño, si popular, era mirado con desconfianza y animadversión por todos los líderes políticos regionales.

Hombre tan atacado y vilipendiado, jefe de facción en una guerra civil que acababa de sellarse con una victoria suya y con un pacto, ¿podía de un momento a otro convertirse en el caudillo nacional capaz de aunar las voluntades para la lucha? ¿Ayudarían honrada y decididamente sus enemigos políticos a su contendiente de ayer, para que su triunfo lo convirtiera en el libertador de Colombia y quizá del continente?, o, por el contrario, ¿lo instaron a la empresa para alejarlo de la dirección del Estado y exponerlo a una derrota y cautiverio como en realidad sucedió? El Abanderado en sus Memorias nos dice claramente que los rencores no se habían extinguido y achaca la conducta de Rodríguez, el Mosca, al haber sido partidario de Barrera. Sin embargo, nuestra opinión no se basa en esta tan discutida actuación de Rodríguez en Tacines que el historiador Oswaldo Díaz Díaz analiza en enjundioso estudio, sino en el panorama político de nuestra patria en el año de 1813 que se caracterizaba por una lucha sin cuartel entre los bandos opo- nentes, lucha que tuvo una pausa con la victoria de Nariño el 9 de enero y

su ejemplar demostración de magnanimidad y de civismo.

Aún cuando numerosas fuentes históricas se refieren a la obstinada oposición a Nariño durante la campaña del sur quiero citar además del punible ataque periodístico del Argos de Tunja, porque lo son de lesa patria todos aquellos contra un comandante en campaña frente al enemigo exterior, una parte de la exposición del oidor Don Joaquín de Mosquera y Figueroa, en favor de su hermano Don José María, a quien Nariño nombró Gobernador de Popayán, sobre méritos de éste como realista fiel para que se le concediera la gracia de poder introducir en Veracruz una goleta de géneros extranjeros, documento este que, con el número 33, corre transcrito en la "Colección de documentos para la historia de Colombia" de que es autor Don Sergio Elías Ortiz. Dice así: "A más de lo referido acerca de la renuncia que hizo a Nariño del mencionado empleo de Gobernador político, hizo una exclamation autorizada con tres testigos en 22 de Marzo de 814, en la cual refiere: que el 16 de enero de aquel año, había ocupado Don Antonio Nariño con sus tropas revolucionarias aquella ciudad: que el 17 del mismo preguntado su hermano por el contenido de un Vando que oía, le fue informado que era la publicación del nombramiento de Gobernador político interino que hacía en él el indicado Nariño, quedando de esta ocurrencia tan atónito y confuso, cuanto se hallaba distante de pensar en semejante destino, así por su contraria opinión al sistema de Nariño, como por ser para él un hombre desconocido, con quien jamás había tenido comunicación ni correspondencia alguna; y tan distante de darle oídos, que lleno de modestia y fidelidad, pasó a excusarse con que nadie menos que él era aparente para aquel destino, porque haber auxiliado

en conformidad de sus sentimientos con ganados, dineros y caballerías al Brigadier D. Juan Sámano. lo que le haría sospechoso para los de su partido; y que su contestación fue que: "con ese conocimiento lo hacía dándole en prueba la carta confidencial que había escrito al ya citado R.P. Gutiérrez": que así atendiendo Mariño solo a comprometerlo, ninguna de sus razones atendía, insistiendo en su proyecto con la mayor dureza e inflexibilidad; haciéndole prever el extremo de su ruina y de su familia, en caso de una absoluta resistencia. Que esto no obstante le pidió permiso para presentarle por escrito, a lo que accedió diciéndole contase con el Decreto que correspondía, el cual es el mismo del que se ha hecho mención: que en esta situación, y siendo infructuosas sus excusas y súplicas, admitió violentado el empleo con ánimo de dejarlo, si pudiera, y de favorecer los pocos españoles que había en aquella ciudad, y americanos realistas contra los que había estado y estaba exaltado el furor de los contrarios".

Nariño no ha debido emprender esta campaña con un frente interno debilitado y el haberlo hecho en tales condiciones malogró el éxito. La unidad nacional es decisiva en el acto bélico y ninguna nación puede alcanzar resultados positivos en la guerra mientras sus fuerzas militares no se sientan acompañadas por sus conciudadanos que deben vivir y sentir el drama de sus hombres en armas. Con razón el Filósofo de la Guerra enuncia como principio de ella, la opinión pública, pues es bien sabido, y la historia nos lo demuestra, que nunca un ejército puede obtener la victoria, menos hoy en día, sin que factor tan decisivo no se encuentre a su favor.

Pero hechas todas estas consideraciones entra a pesar en nuestro análisis este dilema: ¿era necesario realizar

la campaña? y en este caso, ¿cuál era el hombre indicado para comandarla? Que si era necesario está plenamente demostrado, porque la amenaza española, por el sur desde Quito y Popayán, y por el norte, desde Santa Marta y Venezuela, era cada día mayor. Pero, ¿cuál era el hombre, con el suficiente prestigio, capaz de realizarla? Tal vez Baraya, vencedor de Tacón en el Sur; pero su reciente derrota y la desmoralización en que se encontraba sumido, no le permitían presentarse en este momento como el jefe indicado para conducir los ejércitos neogranadinos y la situación apremiaba. Sin duda el único que podía emprenderla era Nariño y por esto, desaparecido él, brilló el genio de Bolívar en cuya persona no recaían los sentimientos de animadversión que las luchas intestinas traen siempre consigo, debilitando la defensa nacional.

Autopreparación, capacidad para escoger sus asesores, don de mando que electriza a sus subordinados, sentido de la conducción de las operaciones, en fin, la suma de cualidades que caracterizan al conductor militar, son los atributos, en el aspecto táctico, de este general improvisado, como lo fueron todos los nuestros en la independencia, con poquísimas excepciones, y que, como ellos, se vio enfrentado a oficiales españoles de carrera y con preparación más que suficiente para luchar contra los bisoños oficiales republicanos.

La misma guerra fue el campo de entrenamiento y de aplicación de lo aprendido en su biblioteca, en el aspecto castrense. Thiebault, que seguramente no le era desconocido, Montecuculi y algunos escasos tratadistas militares leídos afanosamente ante la necesidad de conocimientos de esta clase a que se hallaba abocado, fueron la fuente de su preparación militar.

Dos conflictos bélicos lo vieron ac-

tuar conduciendo operaciones en campaña: la guerra civil de 1812 a 1813 en la cual comandó directamente la defensa de la ciudad de Santafé, que culminó el célebre 9 de enero y la campaña del sur cuyas acciones más notables fueron: el combate de encuentro del Alto Palacé, la batalla campal de Calibío, el Paso de Río y ataque a una posición fortificada en el Juanambú, los ataques a líneas fortificadas sucesivas en Cebollas y Tacines y el ataque a una localidad, la Batalla de Pasto. He tenido por fortuna a mi alcance, para este breve análisis, un ejemplar de las Memorias de Montecuculi, el breviario de los militares de la época, perteneciente a la Biblioteca del Estado Mayor Conjunto.

1812, año de enconadas diferencias políticas entre federalistas y centralistas presenta una situación bélica entre los bandos oponentes, que después de las desertiones de Baraya y de Joaquín Ricaurte coloca en situación militar favorable a los federalistas. Nariño ordena la iniciación de operaciones contra Tunja al mando del Brigadier José Ramón de Leiva, a quien acompaña ya que la Constitución le prohibía como Jefe de Estado el comando de las tropas en campaña. Circunstancias oscuras, seguramente la traición, aunque el mismo Nariño desilusionado prefiere atribuírla al terreno, habilidad del enemigo, falta de artillería y cansancio de sus tropas, le acarrearán la derrota de Ventaquemada el 2 de diciembre de 1812, y entonces las tropas federalistas se lanzan impetuosas sobre Santafé. Nada valen las propuestas de capitulación. El orgullo del sitiador Baraya solo se satisface con la entrega de la ciudad a discreción y la captura del presidente Cundinamarqués. El sitio de la ciudad se efectúa lo más estrechamente posible aún cuando el camino hacia los pueblos de oriente no puede ser controlado por

los sitiadores que construyen fortificaciones en el puente del camellón de Ontibón y en el camino de Chise, "La primera Brigada, dice Santander en carta al coronel Manuel del Castillo y Rada, que tenía un batallón, once piezas de artillería y los lanceros y caballería con número considerable al mando de Ricaurte, quedó situada en la punta del cerro de Suba, con destacamentos en el camino viejo de Usaquén y en el camellón, y la segunda con igual fuerza quedó campada en Ontibón, (Fontibón), con destacamentos en el puente de Bosa y en Chise, camino que sale cerca de la estancia de Garzón".

Nariño para contrarrestar este dispositivo estableció fortificaciones en San Diego y localizó destacamentos de milicias en Puente Aranda, Bosa y Monserrate colocando el grueso de sus tropas en San Victorino. "Nuestro campamento, dice El Abanderado, estaba situado en la plazuela de San Victorino y la artillería cuyo jefe era el coronel Cancino se hallaba en muy buen pie: había cañones de varios calibres, pedreros, obuses de seis pulgadas, cañones de a ocho y de a catorce y además muy buenos ingenieros". Quedaba así enfrentada una fuerza de sitio de 3.000 hombres a una defensa de 2.000.

El dispositivo adoptado por Nariño fue acertado puesto que siendo San Victorino un punto céntrico que controlaba la Alameda Nueva o entrada de Fontibón, hoy calle 13, la Alameda Vieja o entrada de Usaquén, hoy Cra. 13, y también la de Monserrate, podía concentrar su esfuerzo en el punto y momento decisivos, ya fuera que el ataque se presentara por Usaquén o por Fontibón, o un ataque coordinado por dos o tres puntos a la vez.

El 5 de enero Girardot atacó y capturó la posición de Monserrate, pero Nariño contestó este ataque en la madrugada del 7 con un golpe de mano

sobre el destacamento de Usaquén, ejecutado por el coronel Antonio Bailly, al mando de cincuenta hombres, y en el cual tomó 30 prisioneros y varias armas, dando de baja algunos soldados. Por fin se decidió el ataque general en la madrugada del 9 de enero. "La mayor parte, y la mejor, de la gente de Baraya, dice Espinosa, atacó por San Victorino, entrando por el hermoso pasco de El Prado que allí había entonces; otra columna por la Huerta de Jaime, y otra por San Diego. Las dos últimas fueron recibidas por nuestra artillería, dirigida por Armero y Aguilar. De las seis u ocho descargas que se les hicieron con metralla, por cuatro cañones de a catorce, no resistieron ni la mitad, pues a la tercera comenzaron a remolinear y enseguida a dispersarse. La fusilería atacó por el frente, que tampoco resistió, y quedó enteramente desplazada con una carga de bayoneta. La caballería hizo lo demás, persiguiendo y destrozando a los fugitivos. Fueron tantos los prisioneros que se tomaron, que se llenaron con ellos las cárceles. El Hospicio, San Juan de Dios y los colegios de San Bartolomé y el Rosario. La Cella Honda, que va para la Huerta de Jaime, quedó literalmente cubierta de cadáveres y heridos". Nariño con habilidad extraordinaria fingió una orden de Baraya en que prevenía a Girardot que no se moviese de allí durante el combate porque el plan de la batalla así lo exigía para asegurar el guípe y cortar la retirada. Además, la colocación, durante la acción, por Don Mariano Millán, armero y artillero de profesión, de un cañón sobre la Alameda Vieja, moviéndolo a espaldas de la Capuchina, hizo un destrozo terrible que causó pánico entre los atacantes.

Nariño demostró en la defensa de Santafé su extraordinario don de mando y grandes recursos tácticos. Conociendo el plan del enemigo colocó sus

tropas de reserva en magnífica posición para contrarrestar el ataque en cualquier punto mientras las posiciones defensivas del perímetro, en una acción bien coordinada engañaron hábilmente al adversario sobre su propia maniobra. "Formaban un cuadro completo, dice Santander, y estaban prevenidas a ser atacadas, pues el teniente coronel Vélez vio que cerca de la madrugada tiraron por la parte de San Diego tres cohetes, que sin duda les dieron fuego para hacernos creer que por allí iban tropas a Monserrate, y que San Victorino quedaba desguarnecido". La habilidad táctica, el buen servicio de inteligencia que permitió engañar a Girardot en la posición de Monserrate, el correcto empleo de la artillería y un acertado ejercicio del mando dieron al comandante de la defensa el triunfo. Este comandante fué Don Antonio Nariño.

Su triunfo sobre las fuerzas del congreso, que lo colocaba en ventajosa situación política sobre sus adversarios, lo lanza decepcionado por las traiciones de muchos durante la guerra civil que acababa de culminar con su victoria militar, a la defensa de la patria amenazada por las fuerzas de Sámano en el sur. Con su grado de teniente general, que le confiere el gobierno de Cundinamarca, Nariño parte al frente de sus tropas el 21 de septiembre de 1813. La Mesa, El Portillo, Purificación, La Plata, van marcando el paso del ejército. En esta última población prepara sus tropas en todos los aspectos, para iniciar el 20 de diciembre el paso del Páramo de Guanacas sobre la vía a Popayán. Admira en este movimiento a través de tan elevadas montañas las disposiciones administrativas y tácticas del General en Jefe, que permiten el paso de las tropas sin ningún contratiempo a pesar de las dificultades del camino y de la presencia de guerrillas españolas que exploran la vía

de marcha sobre la cordillera. Salvado tan formidable obstáculo, Nariño vence, con su vanguardia y algunas unidades en apoyo, a Sámano en el Puente del Alto Palacé y entra a Popayán. El jefe español entre tanto toma contacto con Asín y Nariño, a su vez, con el coronel José Ignacio Rodríguez, para librar la batalla de Calibío en donde el español es derrotado completamente. Como su rival, emplea en esta acción los cánones clásicos de la táctica lineal, preconizada por Federico II, pero a diferencia del español mantiene la iniciativa durante todo el combate. Concibe un plan que hace conocer a sus comandantes subalternos por medio de órdenes escritas, el cual es ejecutado acertadamente por todos los jefes y oficiales en los diversos escalones del mando, e influye con su presencia durante el corto combatir de dos horas, ya que empezada la batalla a la una de la tarde, a las tres estaba definida y a las cuatro levantado el campo. A diferencia de su contendor constituye con la columna del coronel Cabal una reserva cuyo acertado empleo le causa extraordinaria sorpresa produciéndole un desequilibrio definitivo en su ala izquierda.

Conocedor teórico de las innovaciones tácticas admira en Nariño el concepto masivo de la artillería que el gran Corso acababa de introducir en el arte de la guerra con la finalidad de preparar un combate, aniquilar al adversario o llenar un espacio en la línea. Su éxito en Santafé transforma ese conocimiento teórico sobre la importancia de los fuegos de apoyo en fanatismo por el "Rey de los Combates" y por esto lo vemos siempre, dándole la importancia que merece en el desenvolvimiento de las acciones bélicas.

Pero Nariño no supo explotar su éxito táctico en Calibío. Aún cuando la

persecución tenaz aplicada hábilmente por el genio de Bonaparte, no era compatible con la táctica lineal y ésta, la persecución, se limitaba "hasta el primer desfiladero", el general patriota, a pesar de haberlo ordenado, no lo hizo en el momento oportuno para aprovechar esta favorable situación, sino dos días después cuando lo separaban del enemigo varias leguas de distancia. Fue el lamentable error, en el aspecto táctico, que aumentado con la demora de dos meses en la reorganización de su ejército en Popayán, permitió al realista la preparación de un sistema defensivo para llevar a cabo la acción dilatoria que debilitó paulatinamente al ejército patriota hasta quedar vencido, ya extenuado, frente a la ciudad de Pasto.

Nariño, como queda dicho, entró nuevamente a Popayán después de Calibío. Era el momento de continuar la acción ofensiva, la persecución necesaria e indispensable, pues el estado de las tropas de Sámano era tal que el menor impulso, por parte de los patriotas, hubiera dado al traste con ellas, tan grande era la desbandada que se había producido. Mucho se ha discutido al respecto y numerosos conceptos se han emitido para darle la razón. Sin embargo, es un principio militar muy antiguo el que la persecución debe iniciarse inmediatamente las tropas enemigas se declaran en derrota, puesto que es indispensable explotar el éxito. Dos años más tarde, en la campaña de invasión de Don Pablo Morillo al virreinato, decía éste al coronel Latorre: "Hasta ahora no sé quien vaya en seguimiento de Madrid pero Ud. me será responsable de todos los resultados, que estoy seguro que si a unos y otros se les hubiera estrechado y perseguido sin dejarles respirar las bajas de la desertión hubieran sido más considerables y dejando solo a los cabecillas

EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL GENERAL ANTONIO NARIÑO



1765
ABRIL 9
1965

HOMENAJE DE LAS
FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA

no dudaría que en este caso los mismos pueblos les hubieran prendido”.

Dos meses después, el 22 de marzo de 1814, continúa Nariño su campaña. Los realistas han organizado la defensa sobre el Juanambú y preparado líneas sucesivas de resistencia hasta Pasto. El nuevo jefe de las operaciones realistas, el Mariscal de Campo Don Melchor de Aymerich, ha activado las guerrillas patianas que hostigan tremendamente al ejército patriota hasta el Juanambú. Nariño divide en dos fracciones su ejército: una pequeña división por el pueblo de Almaguer y otra por el camino real de Popayán a Pasto, y después de penosas jornadas llega a las márgenes del río, el 14 de abril. “Continuamos hasta llegar, a principios de abril, al río Juanambú, dice El Abanderado, distante dos jornadas de Pasto, que, además de la gran masa de aguas que lleva, es muy inclinado y por lo mismo impetuoso, estrellándose su corriente contra una multitud de enormes piedras y contra las rocas altísimas y tajadas perpendicularmente que forman su cauce, por lo cual no da vado y es preciso pasarlo por cabuya o tarabita. Del lado de allá se levantan Buesaco y el Boquerón, puntos militares inexpugnables, divididos por una profunda hoya o quebrada”.

Desde este día 14 hasta el 29 de abril se realiza la batalla del Juanambú que es otra de las acciones de armas de esta campaña en la cual Nariño demuestra, una vez más, sus grandes dotes como militar. El cruce de un río en presencia del enemigo es una de las operaciones más difíciles de realizar, problema que se aumenta, en este caso, por las características especiales que la topografía reviste en dicho sector. Los cursos de agua constituyen obstáculo para un ataque y líneas naturales de resistencia en las acciones defensivas, que dificultan el reconoci-

miento terrestre y ofrecen protección contra cualquier clase de ataque. Cuando éste se realiza en tales condiciones requiere especial preparación, tanto desde el punto de vista técnico como desde el táctico, proporcionada a la magnitud del obstáculo y a la fuerza relativa de las tropas enemigas.

Nariño vio la necesidad de cruzarlo lo más rápidamente posible, puesto que la demora en ejecutar el movimiento perjudicaba notablemente su realización. Efectuó desde la fecha de su llegada, el 14 de abril, los reconocimientos necesarios, tan importantes en esta clase de operaciones y decidió atacar el día 20 iniciando desde las seis de la mañana con un ataque secundario por el frente, para más tarde, a las diez, lanzar su ataque principal, empleando la División Monsalve, simultáneamente con otros secundarios. La operación, según lo deducimos del “Diario de Campaña del Mariscal Aymerich” y de la relación de Osorio, estuvo bien concebida y ejecutada, porque cuando el enemigo está en posesión de un curso de agua que es imposible desbordar, el paso debe efectuarse a viva fuerza empleando métodos rápidos y audaces. Si la maniobra patriota fracasó se debió a la misma fortaleza de la posición realista y a los imponderables que siempre en la guerra escapan e influyen notablemente en la preparación y ejecución de un plan.

Habiendo fracasado este primer intento y en conocimiento de un vado por el llamado Tablón de los Gómez, el general en jefe intentó nuevamente una operación, por tal sitio, que iniciándose el día 25 tenía por objeto coordinar, el día 28, un ataque por el frente con el resto del ejército.

El envolvimiento estuvo bien concebido y planeado y además, bien ejecutado por parte del comandante Virgo, porque pudo alcanzar, el 28 al amanecer, la retaguardia enemiga en el

punto de Santa María. Sin embargo, la topografía del lugar, caracterizada por riscos inaccesibles que forman grandes desfiladeros y el oportuno aviso que tuvo el comandante español, que le permitió mover su reserva, impidió la coordinación de esta maniobra con la frontal. Nariño a la una de la tarde y en espera infructuosa de la señal convenida con Virgo, lanzó, a órdenes del general Cabal, un ataque frontal sobre las defensas enemigas, que tuvo resultado desfavorable en bajas y en la captura del objetivo.

Los detractores del Precursor, que, en todas las acciones de armas de esta campaña, veían errores de conducción a cada paso criticaron y aún critican la orden de ataque a Cabal que consideraron precipitada. Nada más injusto que estos conceptos de sus enemigos, pues detenido el ejército sobre el Juanambú, en una región que le era adversa y cortadas sus líneas de comunicaciones por las guerrillas, se hacía imprescindible el rápido paso del río. Además, fracasado el envolvimiento, según su concepto, por el transcurso de varias horas sin el contacto visual, ya que no se habían producido las señales convenidas con Virgo, decidió correr un riesgo calculado, atacando con la división Cabal por el frente. Esta decisión se justificaba plenamente, puesto que en caso de haber fracasado el movimiento de casi la mitad de sus tropas, era necesario ayudarlas, distrayendo la atención del ejército español para impedir la destrucción de la fuerza patriota. Como era de suponerse que el realista o parte de él estaba empeñado en el ataque a Virgo, resultaba favorable el asalto a la posición enemiga, máximo objetivo por alcanzar.

Allí indudablemente hubiera podido estrellarse el ejército de Nariño que, diezmado por el continuo combatir y hostigado por las guerrillas patianas,

hubiera tenido que retirarse a Popayán. Con toda razón el teniente general Don Toribio Montes comentaba así la decisión del general Aymerich de abandonar la posición, al Secretario de Estado español: "El 29 con la noticia de que el comandante Virgo, enemigo, con 400 hombres tomando un gran rodeo había pasado el Juanambú, por el sitio que llaman El Tablón de los Gómez venía a flanquear nuestras posiciones, el Mariscal Aymerich se sorprendió, y en lugar de mandar, como lo hizo después una división que lo atacase, levantó el campo, pero con tanto desorden que dejó en él abandonadas todas sus tiendas, y algunos útiles retirándose a Pasto y perdiendo voluntariamente una posición que le acababa de ofrecer dos victorias".

Indudablemente el general Nariño logró alcanzar, con el paso del río Juanambú, el triunfo, si no el más resonante, sí el más meritorio de su carrera militar.

Pero la lucha continuó. Aunque victorioso, el ejército se encontraba abandonado a su propia suerte. Ningún esfuerzo se hizo para apoyarlo táctica y logísticamente y la falta total de recursos, debido a que las líneas de comunicaciones se hallaban cortadas por las guerrillas enemigas, influyó en que se fuera debilitando poco a poco, por no tener ningún refuerzo en hombres, armas, alimentos y municiones.

Sin embargo, los factores disolventes de la lucha no habían logrado quebrantar la moral de estos héroes. Un revés de la vanguardia en Cebollas animó aún más a los combatientes para derrotar en Tacines en vigorosa acción de armas al enemigo que, huyó despaavorido a Pasto y luego hacia el Guáitara, dejando la defensa de la ciudad en manos de sus heroicos habitantes. "El general en jefe, dice el general José Hilario López, dirigía personalmente la batalla, a la cabeza de poco más

o menos mil hombres, habiendo dejado en reserva como quinientos. Nuestras primeras cargas, aunque impetuosas, encallaron al pie de los parapetos del enemigo que a mansalva nos hacía una horrible carnicería, colocados como en anfiteatro. Ya habíamos perdido muchos buenos oficiales y más de un tercio de nuestros soldados, cuando, observando el general nuestra crítica situación, hizo el último esfuerzo para vencer: Se colocó a la cabeza del ejército y ordenando que le siguiesen los que quisieran morir con gloria, haciendo que nuestra caballería desfilara al mismo tiempo por la falda del cerro, a la derecha del enemigo, nos arrojamos ciegamente sobre los parapetos y logramos, por el ejemplo del general, desalojar al enemigo, aunque del triunfo no reportamos otra utilidad que la gloria de haber rechazado al enemigo de otra de sus posiciones, después de una sangrienta batalla".

Nariño, dejando su reserva, se precipita sobre Pasto; una violenta granizada cae sobre sus tropas como si la naturaleza entrara a cumplir su parte en el plan enemigo. Intima la rendición a la ciudad y a las seis de la mañana del día siguiente, 10 de mayo, inicia su ataque a la localidad. Comandando personalmente su dispositivo, una, dos y más veces carga sobre el enemigo con arrojo y decisión. "A las seis, dice Don Alejandro Osorio, Secretario del Ejército, se había reunido todo el ejército enemigo; muchas veces en el día se le había hecho retroceder hasta la ciudad. El general manifestó un valor extraordinario: solo con su sable dispersó una partida de caballería que se dirigió contra él. Por la noche atacó el ejército enemigo en tres divisiones, y el general formó otras tres para oponerse a cada una de ellas. La del centro, que la mandaba él mismo, derrotó completamente al enemigo, hasta obligarlo a evacuar la ciu-

dad; pero los comandantes de las otras dos divisiones, en vez de reunirse a la tercera, juzgando que ésta había sido envuelta y destrozada, se vinieron al campo donde estaba la artillería".

Y aquí empieza el desastre de Pasto. Monsalve regresa a Tacines y apreciando mal la situación, no por cobardía, pues era uno de los oficiales más valientes de este heroico ejército, cree que todo está perdido. En junta de jefes, y no unilateralmente por el coronel Rodríguez, como muchos han sostenido, se decide clavar la artillería e iniciar la retirada. El general en jefe vuelve a la vanguardia, en donde todo es desolación, y en espera infructuosa de que el ejército que se retira regrese para reanudar el combate, cae prisionero para continuar su cadena de padecimientos por amor a la libertad de nuestra patria.

Pocas acciones de armas han merecido, por el cambio tan radical de la situación, tantos comentarios como la batalla de Pasto. Creo que además de la errónea apreciación de Monsalve, que he comentado, Nariño pecó en esta ocasión, como sus enemigos frente a Santafé, subvalorando la capacidad combativa del pueblo de Pasto, resuelto a morir antes que rendirse al enemigo que ellos consideraban iba en contra de sus más sagrados principios e intereses.

La célebre carta de Santander, que varias veces he citado, nos dice en su interesante análisis que una ciudad puede tomarse por uno de cuatro métodos: por una acción en brusco, por una parcial atacando por diversos puntos, por un sitio formal, o por un plan mixto de sitio y ataque. Pasto debía atacarse por el primero de los cuatro nombrados, es decir por un ataque decisivo, porque la situación apremiante del momento así lo exigía. Pero Nariño no coordinó su ataque; se lanzó en las primeras líneas esperan-

do obtener un fácil triunfo para el cual creyó de importancia capital su presencia en lo más recio de la batalla. Un comandante influye en el combate por medio de su acción personal, representada por su ejemplo y por sus órdenes oportunas, por medio de sus fuegos de apoyo y por el acertado empleo de su reserva. En la batalla de Pasto, la artillería, que tan correctamente fue empleada durante toda la campaña, quedó inactiva en Tacines y el general en jefe no pudo emplear su reserva en el punto y momento decisivos. Embebido en la conducción del centro de su dispositivo, actuando en las primeras líneas de la batalla, no estuvo en capacidad de influir con los otros medios de que disponía y sus subalternos tampoco lo estuvieron para interpretar en las posiciones de retaguardia las necesidades y dar las disposiciones esenciales para definirla favorablemente.

Pero su don de mando, que se manifestaba en aquel fanatismo de los soldados por su general, que veían en el valiente y bizarro Nariño al héroe de su epopeya, la de nuestra libertad, reemplazaba en gran parte su impreparación en los aspectos técnicos.

Consciente de la necesidad de un correcto asesoramiento, trató por esto de agrupar a su alrededor, como comandante en jefe, el mejor equipo de hombres, el mejor equipo técnico militar que pudiera cumplir su cometido en las actividades de Estado Mayor. José Ramón de Leyva, Cortés Campomanes, Serviez, Virgo, Bobin, Ricux y otros que colaboraron en la organización del ejército y lo acompañaron en sus campañas, eran, en su época, los mejores militares al servicio de la nascente república. Por eso Nariño, conociendo como hábil político, que, en los problemas de Estado, y entre ellos los militares, gobernar es escoger, supo rodearse del mejor grupo humano que ase-

gurara el éxito. Enemigos del general, en su época y contemporáneos, han atribuido a sus subalternos los éxitos alcanzados bajo su comando. Cortés Campomanes, tras de afirmar en carta a Don Juan Mariano Picornell, que Nariño poseía talentos naturales, comentaba que tramaba su ruina para que se creyese que él solo era quien dirigía las operaciones del ejército. Qué concepto más equivocado. La responsabilidad sobre los éxitos o los fracasos pesan íntegramente sobre los jefes que han tenido la brillante oportunidad de conducir hombres en la guerra y no sobre sus asesores y subalternos. Por esto, los triunfos y las derrotas bajo el comando de nuestro general, son suyos y nada más que suyos, y el juicio crítico de la historia recae siempre sobre su egregia figura de caudillo.

Pocos conductores militares colombianos han despertado mayor admiración y cariño entre sus hombres, que este Don Antonio Nariño. "Primero la muerte que entregar a nuestro general", nos refiere El Abanderado, que exclamaban las tropas llenas de indignación ante las propuestas de Baraya como condición para no destruir a Bogotá y si algunos jefes que no tenían aún bien definida en su mente la idea por la cual luchaban, lo traicionaron y lo abandonaron, muchos también, sobre todo sus soldados, siguieron sus banderas con la decisión y el fanatismo que solo él sabía inspirarles. Su valor y energía durante la batalla del 13 de enero, como en todas las acciones de la campaña del sur, ya General de la Unión, y su gesto heroico en los Ejidos de Pasto, no nos lo señalan como uno de nuestros egregios conductores. Valiente hasta el sacrificio, influyendo con su presencia en todas las acciones de armas, su segundo, el coronel José María Cabal, nos lo presenta de cuerpo entero en el suceso de Pasto, no por

desgraciado menos importante en su trayectoria militar: "Este fue el momento en que yo ví a nuestro general más grande y más heroico, a todas partes atendía sin reparar en los peligros, recorría todas las divisiones, animaba con su ejemplo a aquellos a quienes la fatiga hacía ya flaquear y puesto al frente de la división del centro ataca la fuerza principal del enemigo, entrando muchas veces en sus filas, en donde le mataron el caballo. Pero siempre impertérrito y valiente no afloja un solo instante, continúa con la misma impetuosidad con que había comenzado y consigue rechazarlo completamente". Y el mismo Don Melchor de Aymerich en su Diario afirma que los patriotas fueron vencidos "a pesar de que su caudillo Nariño después de muerto su caballo alentaba las tropas con energía y ardor".

Ningún general en nuestra guerra de independencia demostró en tan repetidas ocasiones un valor personal en las acciones militares como Don Antonio Nariño y ningún general en jefe expuso su vida con mayor arrojo ante el enemigo. Detractores suyos como el general Laureano López y quienes lo acusaron ante el congreso, han negado esta cualidad de que hizo gala en grado sumo, pero los testimonios de todos los que lo acompañaron relieves siempre la virtud que personificó su nombre.

¿Cuántas cualidades de mando lo hicieron un gran conductor?. Sería largo enumerarlas. Su energía y decisión en los momentos difíciles fueron clave de sus éxitos. En La Plata prefiere despojarse de excelentes asesores antes que permitir que la indisciplina mine su ejército y en los momentos más críticos de la situación, después de Cebollas, degrada a dos de sus oficiales y priva a dos compañías de cazadores del honor de combatir al enemigo. "Para tomar esa resolución, comenta el ge-

neral Negret, y hacerla cumplir en semejante circunstancia, se necesita de una gran entereza de alma, saber apreciar la influencia que ejerce en las tropas una medida tal y tener la seguridad de un completo dominio sobre los subordinados".

Desafortunadamente la historia no ha podido lanzar un juicio definitivo sobre los procesos de La Plata debido a que solamente se conoce el seguido a Shombourg, que gentilmente me facilitó para este estudio Don Sergio Elías Ortiz, desconociéndose los seguidos a Cortés Campomanes y a Serviez que hubieran dado hoy una clara visión de los hechos. Era también cualidad de Nariño el reconocer en los oficiales a su mando y en las tropas sus buenos servicios y sus acciones distinguidas. Todos sus partes, todos sus informes, están llenos de elogios a los bravos de su ejército, a sus oficiales más meritorios y a sus bizarros soldados.

Seguramente muchos errores operativos, lo llevaron, a nuestro juicio, al fracaso total frente a la valerosa ciudad de Pasto, pero indudablemente sus concepciones dentro del campo estratégico, lo relieves en nuestra historia militar. Desgraciado como todo precursor, Nariño se frustró como libertador de Colombia. Quizá él hubiera derrumbado el poderío español en nuestro suelo si la suerte no le hubiera sido adversa y el curso de los acontecimientos hubiera seguido otro derrotero haciendo de la independencia de nuestra patria una empresa más colombiana. Sin embargo, la historia se basa solamente en realidades y las lucubraciones de qué hubiera podido suceder no cuenta en el análisis del futuro de los pueblos.

Pero para las Fuerzas Militares de Colombia, el teniente general Don Antonio Nariño seguirá siendo uno de los conductores más dignos de estudiarse y de imitarse.

La Revista de las FF. AA., acoge con beneplácito y reproduce el documento suministrado al Agregado Militar de Colombia, Coronel Guillermo Piazas Olarte, por el Doctor Carlos Daniel Valcárcel, historiador peruano y Catedrático de la Universidad de San Marcos de Lima que a la letra dice:

El Virrey del Perú.

*Aviso que en la Fragata
Presiosa envía el Traidor
Antonio Nariño, Presi-
dente y General que fue
de los revolucionarios de
Santa Fé.*

Exmo. Señor

En la grata Presiosa que con esta fecha dá la vela, para Cádiz, remito baxo partida de registro a disposición de VE., y a entregar al Jues de arribadas de dicho Puerto, al traidor Antonio Nariño, Presidente y General que fue de los revolucionarios de Santa Fé, ó Cundinamarca.

Son notorios é incalculables los daños y perjuicios que este mal Español ha ocasionado á la justa causa del Soberano, sacrificando u su ambición y crueldad á aquel seducido pueblo, y á los infelices Soldados de nuestro Exercito que caían en sus manos; pero como el Presidente de Quito, al enviarme este reo, no me há acompañado la Sumaria de sus crímenes: contemplo la habrá encaminado a S. M., quien por los papeles públicos de esta América, y por el contenido de los informes que se le hayan hecho sobre la rebelión de Santa Fé, estará bien instruído del carácter de Nariño.

Por esta concideración, y por no juzgar conveniente su retención en América, hé resuelto enviarlo a esos Reynos, para que S. M. determine de su persona como le paresca de justicia.

Dios guarde á VE.. muchos años. Lima: Noviembre 4 de 1815.

Exmo. Señor.

*El Marques de la Concordia.
(una rúbrica)*

*Exmo. Señor Secretario de Estado
y del Despacho Universal de Yndias.*